

# Un marxismo contra Marx

Por **LUIS ARAQUISTAIN**



## La Crítica sobre todo

Antes de reanudar estos comentarios al discurso «Marxismo y antimarxismo», de Julián Besteiro, séame permitida una aclaración. Algunos lectores, harto hiperestésicos o suspicaces han creído ver en el artículo anterior un ataque personal al distinguido catedrático y compañero de partido. Nada más lejos de mi ánimo. Su respetable persona no me ha interesado para nada en estas glosas. Sólo me importan sus ideas, y aún esas nada más que en relación con el marxismo: es una forma como otra cualquiera de rendirle homenaje a extramuros académicos.

Tratárase de otro exponente del marxismo, de filiación política distinta o desprovisto de la autoridad de que él ha gozado durante mucho tiempo, como conocedor del marxismo, y su discurso no hubiera merecido más que un piadoso silencio. Pero el autor, y sobre todo su actitud ante el ingente tema, eran acreedores a un detenido examen crítico, no sólo por lo poco estudiado que está el asunto en España, a pesar de hablarse tanto de marxismo y antimarxismo en estos últimos años, sino por la trascendencia que esa filosofía del devenir histórico y de la acción política, según se la

*Publicamos la segunda parte del artículo que el camarada español Luis Araquistain escribió para la revista *Leviatán*, contestando al discurso académico-pseudomarxista de Julián Besteiro. La primera parte fué dada a conocer a los lectores de *Izquierda* en nuestro número anterior con el título «El discurso de Besteiro o el marxismo en la Academia».*

interprete en un sentido u otro, está destinada a tener en el curso de la Humanidad entera. En torno del marxismo, cada cual marcha con la Historia o contra la Historia. En última instancia mental o social, todos somos marxistas o antimarxistas, unos a conciencia, otros sin saberlo; unos por formación cultural, otros por intuición pragmática.

Este hecho explica la enorme literatura que, en pro o en contra, han producido ya en todas las lenguas las doctrinas de Marx y Engels—y no se puede hablar de marxismo sin tener en cuenta las obras completas de ambos—. Cada vez son menos las gentes frívolas, reclutadas principalmente en la burguesía intelectual universitaria, que en otro tiempo se burlaban de estas discusiones marxistas, equiparándolas a las antiguas disputas bizantinas, a las sutiles polémicas ergotísticas de la Iglesia o a los debates aparentemente abstrusos de los Concilios católicos. (Solía decirse que el marxismo tenía también su Biblia—«El capital»—, sus concilios, sus cismas, su ortodoxia, sus herejías, sus exégesis). Hoy—debido, sobre todo, a la interpretación marxista o materialista de la Historia—hasta la especulación teológica, que tan apartada parece de las realidades temporales, es estudiada en sus relaciones con la estructura social y política de cada época, como una expresión más del básico hecho económico (1). No hay, pues, que extrañarse de la intensa atención con que las clases cultas, y en general todas las clases sociales, siguen el extenso y profundo resurgimiento actual del marxismo, ya que en su nombre, como prosélitos o como antagonistas, se mueven innúmeros millones de seres

(1) Véase «Soziologie der Scholastik», de Paul Honnigsheim, en los *Versuche zu einer Soziologie des Wissens*, editados por Marx Scheler. Munich y Leipzig, 1924.

humanos, en una proporción infinitamente mayor que los que agitó jamás ninguna doctrina social y política. Puede decirse que el marxismo es el tema central de la cultura contemporánea, y quien alegremente lo desdeñe por afectación o por desconocimiento, es que no pertenece a la órbita intelectual de su tiempo.

De aquí la importancia de que sepamos lo que es el marxismo, antes de aceptarlo o rechazarlo. Esta es la cuestión previa. Desde luego me apresuro a declarar que en estas notas no me guía el afán pueril de obtener ningún campeonato de marxismo, ni siquiera el de ganar adeptos, pues estoy seguro de que algunos que se titulan marxistas, cuando sepan lo que eso significa, se horrorizarán de lo que se imaginaban ser. Mi aspiración es más humilde que todo eso: contribuir modestamente a que se entiendan algunos aspectos del marxismo, y en especial su teoría del Estado, que en el discurso de Besteiro me parece perniciosamente desfigurada.

Pero la verdad o la falsedad de una doctrina sólo críticamente puede descubrirse, y si hay alguien que tiene menos derecho que nadie a que no se discutan sus opiniones o sus interpretaciones es quien se proclama marxista, porque la fuerza del marxismo consiste precisamente en haber hecho la crítica de todo lo humano y lo divino y en estar, él mismo, abierto a las críticas más implacables. La crítica es el crisol de todo lo sólido, auténtico, verdadero; sólo lo falso, lo endeble, lo perecedero la teme. Entendiéndolo así, Besteiro es el primero en invitarnos a enjuiciarlo. «Mas confieso que, tanto como me disgustaría verlas (las ideas del discurso) entregadas a la voracidad de las pasiones ciegas, me complacería verlas sometidas a la prueba de una crítica y de una discusión serena». (Página 145.) ¿Por qué ese temor? Las «pasiones ciegas» no devoran nunca nada; no han podido devorar el marxismo, no obstante la furia con que le vienen mordiendo desde su aparición. Si en el discurso de Besteiro—tan preocupado siempre por «las pasiones ciegas»... de los demás—hay algo de marxismo, tampoco lo devorarán. Su disgusto no tendría, pues, en ningún caso, justificación alguna. Queda sólo la complacencia que dice sentir ante una crítica serena. No se la neguemos.

El gusto de Besteiro por la crítica no es de ahora. «No se concibe la existencia de nuestra organización y de nuestro partido con una perfecta unanimidad de pareceres y una sumisión resignada al dictado de las personas

que tienen una posición representativa. Todos y cada uno de nosotros recabamos para nosotros mismos el derecho de crítica, la libre espontaneidad del pensamiento, la exposición clara de nuestros pareceres.... Claro está que todo esto tiene un límite. El límite está constituido en la necesidad de nuestra disciplina.... Pero la discusión es necesaria por parte de todos; más por parte de aquellos que, por tener mayor resonancia sus ideas, no deben ocultarlas, sino exponerlas con toda claridad y presentarlas, además, a la crítica de los compañeros, de los adversarios y a la auto-crítica que todos estamos obligados a hacer para perfeccionar nuestro espíritu y nuestra inteligencia» (1). Es lo que hemos hecho y vamos a seguir haciendo, después de este paréntesis.

## Al socialismo, por la democracia.

La exposición que Besteiro hace del pensamiento de Marx—escluyendo casi totalmente el de Engels, que no sólo es indisoluble del de Marx por la colaboración de ambos en varias obras y por la estrecha comunicación intelectual en que siempre vivieron, sino que lo desarrolla, dilucida y completa en las suyas individuales, hasta el punto de que el marxismo sin Engels es un marxismo a medias—no pasa de ser un breve compendio de la copiosa exégesis llevada a cabo por el máximo falsificador del marxismo, Carlos Kautsky, y el mayor responsable moral del derrumbamiento del partido socialista alemán en 1932-33. La esencia de la tesis de Besteiro—la misma de Kautsky—es que la doctrina marxista tiene poco o nada de revolucionaria, en el sentido de la violencia, ni de dictatorial.

A juicio de Besteiro, Marx fué un evolucionista, un legalista y un demócrata, o sea lo que hoy se llama un oportunista o un reformista. Si Marx habla de la dictadura del proletariado, es en una sola ocasión, como de pasada, «en un escrito («Crítica del programa de Gotha») que, sea cualquiera el valor que se le pueda conceder, no deja de ser un escrito secundario» (pág. 122 del Discurso); «a Marx no le seducía la perspectiva de la clase trabajadora ejerciendo una verdadera dictadura. Más bien parece que, aun en el momento en que Marx emplea la palabra «dictadura», no quiere

(1) La lucha de clases como hecho social y como teoría, conferencia de Julián Besteiro, págs. 7 y 8. Madrid, 1929.